

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

IDILIOS

I

El desdén.

Si tu desdén, bien mío,
en dicha tuya fuera,
yo alegre padeciera
y amara tu desdén.
Mas ¡ay! ¿qué vale, hermosa,

la condición esquivada,
si a ti también te priva
del más preciado bien?

Tú me adoras: el rostro
en púrpura encendido,

brotó mal reprimido
el amoroso ardor;
y tus hermosos ojos,
depuestos los desvíos,
flecharon a los míos

la llama del amor.

El venturoso Anfriso,
correspondido amante,
vio su pasión constante
premiada con tu fe.

¡Qué dicha! Todo es mío:
tu corazón, tu vida;
y de mi amor vencida,
amar tu gloria fue.

¡Ay! ¿por qué, si ya el cielo

unió nuestro destino,
y lazo tan divino

Cupido nos tejió;
niegas a mis deseos
el placer anhelado,

y opones a tu amado
desdén, que ya venció?

La flor, que vergonzosa
se cierra a la mañana,
del céfiro tirana

burlando está el dolor.
Mas cuando ya vencida
a amor rinde tributo,
en cáliz, hoja y fruto
recibe al vencedor.

¿Ves al ave, cuál vaga,
del amor fugitiva,
y que al consorte esquiva,
le deja padecer?
Pues pronto, más benigna

al amante quejido,
verás, que el dulce nido
es cuna del placer.

Mira la vid frondosa
del olmo enamorada:

¿no la ves, rechazada,
su asalto renovar?
Pues pronto amor constante
domará la aspereza;
y la ruda corteza

se dejará abrazar.

Todo, Elisa, condena
a un alma injusta y dura:
cuanto hay en la natura,
imagen es de amor.

Tú sola, dulce ingrata,
mis ansias no sosiegas,

y a Cupido le niegas
la prenda del favor.

No es tan duro, bien mío,

tejer hermosos lazos,
y a un amante tus brazos,
blanda prisión, ceñir;
o en los sedientos labios
de un dichoso querido

de amor correspondido
dulce sello imprimir.

No mal, mi bien, descansa
en cándida mejilla
un rostro, donde brilla

inextinguible ardor;
o en el nevado cuello
la enardecida boca,
cuando a gozar provoca
el indomable amor.

¡Ay bella! no retardes
ya más la dicha mía:
no expire mi alegría
en brazos del desdén;
y si del pecho esquivo

logré ya la victoria,
a coronar mi gloria
ven, dulce amada, ven.

II

La felicidad.

Modera, dueño mío,
mi dicha y tus caricias. Ya en mi pecho
no cabe el alborozo: ya fallece
en amantes desmayos

al peso del placer correspondido.

Sí, dulce bien: conserva
esta vida feliz que te consagro;
y no en el fuego ardiente de tus ojos,
o en tus blandas palabras o en la risa
de tu amorosa boca la consumas:

que a un tierno corazón enamorado
y de tu amor sediento
el exceso del gozo es un tormento.

Mas no, mi amada;
vuelve a mirarme,

que sin tu halago
no sé vivir.
Dulces favores
no darán muerte
al que tus iras

pudo sufrir.

¡Oh gozoso recuerdo
de mis amargos días! ¡oh desdenes,
hora tan dulcemente compensados!
¡Oh enamoradas ansias! ¡oh tormentos

de celosa inquietud! ¡oh tristes penas,
que una mirada tuya trocó en gloria!
Del abismo profundo
tus deliciosos brazos me elevaron
al cielo del amor. Aquel momento,

que decidió mi triunfo y tu ternura,
vale una vida entera de amargura.

Dulce hechizo de un alma,
que sin ti fallecía;
recíbela, no es mía,

que sólo tuya es.
Logró el constante pecho
la suspirada gloria:
tu amor es mi victoria,
y amarte mi interés.

III

El recelo injusto.

Al alma enamorada
más que tu halago tierno,
es dulce, Elisa mía,
tu tímido recelo.
Yo lo adoro: es la prenda

más cierta de tu fuego;
que de temores vive
el firme amor sincero.
Con tal que la injusticia
conozcas, y mil besos,

¡ay bella! satisfagan
la injuria de un momento.
De mi constancia eterna
¿tú dudas, dulce duelo?
¿qué fuerza habrá, que arranque

tu imagen de mi pecho?
Pregúntale mis ansias
al bosque, do crecieron
con sus altivos troncos
tus cifras y mis versos;

o al cristalino río,
cuyo apacible espejo
mis lágrimas ardientes
mil veces encendieron.
La fuente que susurra,

el céfiro halagüeño,
que jugueteón menea
las ramas del otero;
las rosas que al aurora
te prodigó mi huerto,

y con dichosa mano

fijé sobre tu seno;
de enamoradas ansias
testigos mudos fueron,
y ya gratos emblemas

de mi constante incendio.
¡Ay dulce bien! no temas
mudanza en mis afectos
que olvidos no conoce
amor, si es verdadero.

Mas si tu pecho asalta
tal vez algún recelo,
confiesa la injusticia,
y páguenla mil besos.

IV

La tempestad.

¡Cuál silba en el otero
el aquilón furioso! ¡con qué saña
ruge el trueno en el valle y la montaña!
¡Ay! ¿qué cárdeno fuego
rompe las nieblas de la noche oscura?

Embravecido el noto
contra los riscos de la cumbre alpina;
desgaja el roble y la robusta encina.

¿No basta, ¡ay Dios! que gima
lanzando a tierra ajena?

¿Por qué a crecer mi pena
bramó la tempestad?
En áspero desierto,
sin luz y sin camino,
un triste peregrino

¿dónde hallará piedad?

No calma el viento airado:
no calla el ronco trueno. ¡Cuál retumba

en la lejana cumbre,
que inunda el rayo de horrorosa lumbre!

¡Cuál despiden los cielos
mares crecidos de violenta lluvia!
¡Cuál se lanza orgulloso
con el aumento el rápido torrente,
y ensordece los valles su corriente!

Piedad, cielos, piedad: perdido vago
mísero y solo por la selva umbría:
¡ay! nazca pronto el suspirado día!

Mas ya del oriente
abres la áurea puerta,

y naces, dulce aurora,
a iluminar la esfera.
Ya cesan los truenos,
huyen las tinieblas,
y el sonrosado día

el mustio campo alegre.
¡Oh blanda mudanza,
que el mundo recreas,
y en júbilo conviertes
la desventura acerba!

¡Ay de quien fallece
en continua pena!
¡ay de quien a sus males
ningún alivio espera!

V

La ausente.

Quien las penas de Amor ha sentido,
en mi acerba aflicción se consuele;
que ninguna, ¡ay de mí!, tanto duele,
como ver a un amante partir.
Vivo, y late mi pecho oprimido,

y jamás suspirando reposa
vivo, y siento la vida enojosa,
ni es tan duro mil veces morir.

Aquel triste y amargo momento,
que de mí, dulce bien, te robaste,

no hay gemidos, no hay llanto, que baste
a igualar su tormento y rigor.

El a Dios doloroso tus labios
balbucientes formar no pudieron;
mas tus ojos llorando dijeron:

«seré firme: no olvides mi amor.»

Tu mirada doliente y suave,
que mi rostro fijó, parecía
moribundo reflejo del día,
que se eclipsa en las ondas del mar.

Al fin partes, y mísera quedo
en tiniebla horrorosa y oscura;
ni mis ojos verán la luz pura,
que otro tiempo los supo alegrar.

Dulce dueño de un alma cautiva,

que en tus lazos el cielo encadena,
no receles que olvide tu pena:
es mi gloria que penes por mí.
Si tú gimes mi pecho amoroso,
corresponde a tu tierno quebranto:

no hay placer que se iguale a mi llanto,
pues lo vierto, mi amado, por ti.

VI

A un árbol: traducción del francés.

Tronco infeliz; desnudo y sin verdura,
imagen fiel de mi mortal dolor,
si marchitó el invierno tu hermosura,

¡ay! yo probé las iras del Amor.

Mas tú, al reír la dulce primavera,

gloria serás del plácido vergel:
mi corazón ningún alivio espera,
ni mayo habrá para mi mal cruel.

No des jamás tu sombra o tu corteza
a infiel beldad, a pérfido amator;

y el que a engañar se atreva la terneza,
conserva en ti renombre de traidor.

Yo huiré de ti, de tu enramada umbrosa,
que un tiempo dio su asilo a mi placer;
mas al morir tu primavera hermosa,

tú me verás contigo padecer.

VII

A mi ausente, en su día.

Pide al viento sus alas,
y ve, suspiro mío,
adonde el hado impío
me niega a mí volar:
que si a mi hermosa halagas

el labio sonrosado,
cuál pecho te ha exhalado,
no puede, no, dudar.

El fuego, que me abrasa,
ardiendo va contigo;

y el de su pecho amigo
podrás también crecer:
que allí puro y constante
Amor sus alas mueve,
y aquella hermosa nieve

no sabe más que arder.

Dile, que sufro y lloro
las iras del Destino:
que un pecho diamantino
labrara mi gemir;

y que es en tantas penas
la más acerba y dura
estar de su hermosura
ausente, y no morir.

¿Por qué la injusta suerte,

que me robó mi gloria,
no arranca la memoria
de aquel perdido bien
Y así de pena exento,
y exento de alegría,

del hado burlaría
el áspero desdén.

Mas ¡ay! antes que olvide
y tanto amor ofenda,
el rayo, dulce prenda,

se lance sobre mí.
De clima en clima errante,
desconsolado y triste,
el alma, en que viviste,
es siempre para ti.

Adonde el sol ardiente
los rostros descolora,
o adonde muere Flora
y brama el aquilón:
bajo la hoguera estiva,

o entre el agudo hielo,
serás gloria y consuelo
del tierno corazón.

Por ti suspira, cuando
llorosa el alba nace;

por ti, si Febo yace
y el mundo duerme ya.
El sueño con tu imagen
engaña mi deseo:
cuando despierto, creo

que huyendo de mí va.

Vegas, do gocé un tiempo
caricias adoradas,
donde no eran soñadas
las dichas del amor;

en vuestro seno llora
a su infeliz ausente,
y a la emboscada fuente
confía su dolor.

Vuelve el ya ingrato día,

cual antes venturoso,
en que tu nombre hermoso,
bien mío, celebré:
en la estación amena
de plácidos amores,

que dio la tierra flores
hollada por tu pie.

¡Ay, cuánta dicha el cielo,
mi Elisa, prodigaba!
¡cuán grato nos brindaba

Cupido su favor!
Todo de amor hablaba
al tierno pecho mío:
el prado, el monte, el río
brotaban dulce amor.

¿Qué nos quedó de tanta,
de tan fugaz ventura?
una infeliz ternura,
como infeliz, leal.
Mas ella, vida mía,

es mi existencia entera,
entre la pena fiera
consuelo celestial.

Que si lloré en un día
perdido mi tesoro,

pues me amas y te adoro,
no todo lo perdí.
El corazón, huyendo
del aire que respiro,
se exhala en un suspiro,

y vuela libre a ti.

Recíbale piadoso,
mi bien, mi dueño amado,
el seno regalado,
donde feliz vivió;

y en él su pena esquivada
consuela enamorada,
que aún lleva atravesada
la flecha, que lo hirió.

VIII

El túmulo.

¡Ay! ¿dónde huyeron
los bellos días,
que de alegrías
colmaba amor?
Sólo un sepulcro

perdonó el hado,
templo adorado
de mi dolor.

La muerte fiera,
dulce bien mío,

coja brazo impío
te arrebató.
Robó a mi pecho
todas sus glorias:
tristes memorias

sólo dejó.

Por ti gimiendo,
sombra querida,
mi edad florida
consumiré.

Ni en la pradera
cantaré amores,
ni entre las flores
me adormiré.

A la adorada

ceniza fría
el alma mía
se exhalará;
y allí estrechando
lazo constante,

¿quién, dulce amante,
lo romperá?

Cuando el sepulcro
reguéis, pastores,
de mustias flores,

fúnebre honor;
volved diciendo
con voz llorosa:
«bajo esta losa
respira amor.»

IX

La jardinera: anacreónticas.

Del álamo de Alcides
y de laurel ceñida,
para cantar las guerras
templaba ya mi lira.
La diosa de Citera

del brazo me la quita,
y afable sonriendo
en blando amor la hechiza.
«¿Por qué un dulce acento,»
me dice, «lo dedicas

a las marciales lides,
si puedes a las mías?
Cuando los bellos ojos
de la sin par Mirtila
abrieron en tu pecho

la más sabrosa herida,
sintiendo amores, ¿cómo
celebrarás las iras?
Canta, canta sus gracias;
canta la blanda risa,

que en sus purpúreos labios
al tierno amor convida.
Canta de sus jardines
las plácidas delicias,
las venturosas flores

que crecen a su vista,
y del vendado Niño
victorias y caricias.

Dijo, y en vez del lauro
ciñó a mi humilde lira

de su pensil de Idalia
la rosa y clavellina.
Ya solo de ti canto,
¡ay jardinera mía!
amor el premio sea

de versos, que amor dicta.

Cuando disipa el alba
la fúnebre tiniebla,
y hermosa precursora
del sol, el mundo alegra;
a sus vergeles sale

mi amada jardinera,
más que la aurora linda,
y más que Apolo bella.
Las flores al mirarla,
nueva beldad ostentan,

y al aura, que las mueve,
de mil olores llenan.
En la floresta umbrosa
dulce alborada suena,
con que las tiernas aves

saludan su belleza.
Con la nevada mano
las blandas flores riega,
y del estivo rayo
piadosa las preserva.

¡Ay Mirtila! ¿tan sólo()
piedad merecen ellas?
¿por qué del fuego mío
no calmas la violencia?

Ayer me dio Mirtila
un oloroso ramo,
que de diversas flores
tejió con diestra mano;
y al dármele su rostro

se abrasa en fuego blando,
y flores su mejilla
más lindas rosearon.
¡Ay ramo! tú lo sabes:
citando feliz y ufano

en su mano te hallabas,
dime ¿suspiró acaso?

¿te besó cariñosa
y al seno delicado
te llevó? ¿lo sentiste

de gozo palpitando?
Dime, dime qué ardores
al darte la agitaron:
si no es amor, yo muero;
si es amor, yo me abraso.

¿No ves aquella rosa,
que con beldad lozana
el lindo seno ofrece
al céfiro del alba?
Pues aún no bien las sombras

del alto monte caigan,
cuando su pompa hermosa
mustia verás y ajada.
No pierdas, no, Mirtila,
tu plácida mañana:

la más brillante rosa
al otro sol no alcanza.

¡Oh Amor! así de Psiquis
el blando beso logres,
sin que envidiosa Venus
se ofenda ni lo estorbe:
así del alto Olimpo

por dueño te coronas,
y tus arpones rindan
al padre de los dioses:
que cuando de Mirtila
la bella luz adore,

inspires tú benigno
mis perturbadas voces.
Al labio da osadía,
si al pecho diste ardores:
que no hay piedad ni cura

a heridas que se esconden.
Mira qué hermosa viene
coronada de flores,
en su amor abrasando
desde la orilla al monte.

Sé propicio, oh Cupido,
y en eternos loores
sobre mi dulce lira
resonará tu nombre.
Mas ¡ay! que cuantas fuerzas

para decirla amores
me das, en solo amarla
el corazón las pone.

Era la siesta cuando
el sol ardiente abrasa
con devorantes rayos
vergeles y montañas.
Amor quemando el pecho

con más activa llama,
al huerto de Mirtila
mis pasos arrebató.
Por él mi amada prenda
airosa caminaba,

venciendo su hermosura
la luz del cielo clara.
Bate favonio dulce
sus vagarosas alas,
y en giros mil lascivo

el lindo talle halaga.
Al bosque de los mirtos
mueve la bella planta,
y callado la sigo
entre amorosas ansias.

En su retiro umbroso
se recuesta y descansa
sobre florido lecho
que envidian los de Idalia.
Suspira, y sus ardientes

suspiros lleva el aura,
y delicioso llanto
su tierno rostro baña;
y corriendo ligero
en perlas desatadas

con ellas enriquece
del césped la esmeralda.
Arrebatado entonces
llego, y con voz turbada
piadoso le pregunto

de su dolor la causa.
Gime; y los dulces ojos
de mí tímida aparta,
y el semblante colora
de rosa, nieve y nácar.

Maligno Amor reía:
y de la ardiente aljaba
la más aguda flecha
al blanco seno clava.
El fuego por sus venas

triumfante se derrama,
y dice «yo te adoro»
con voces desmayadas.
¡Oh dios de los amores!
a tus divinas aras

mi corazón rendido
por siempre se consagra.
Vosotras, que felice
me veis, hermosas Gracias,
decid, decidle a Venus,

que ya Mirtila ama.

De las preciadas flores,
que en su jardín cultiva
una guirnalda hermosa
entretrejió Mirtila.
De púrpura y de nácar

las unas van teñidas,
y a cual de la inocencia
el puro albor cubría;
y en lazos de geranio
y verde mirto unidas,

con ella ornó mi frente,
ya tierna, ya festiva.
Pues víctima a tus aras
bien mío, me destinas,
desde que fue el amarte

la vida de mi vida;
ya coronada tienes
la víctima ofrecida:
¿por qué, di, no la hieres,
si está en morir su dicha?

A un eminente olmo,
honor de la pradera,
entrelazó Mirtila
las ramas de una yedra.
De los tenaces brazos,

que el duro tronco cercan,
la altiva copa cede
a la amorosa fuerza.
De su constancia el triunfo
tú misma me celebras,

ingrata, y a la mía
el dulce premio niegas.

¿No ves la luna hermosa
qué clara, qué tranquila
por el cenit del cielo
el albo carro guía!
¿No ves cómo la noche,

de beleño ceñida,
espanto perezoso
al ancho mundo inspira?
Allí de los amores

el astro puro brilla,
que en benévolo
rayo su tierno influjo envía.
Reguemos pues las flores:
el aura fugitiva
con apacible soplo

al riego nos convida.
Y en tanto que la aurora
con dulce y grata risa
de nácar y de perlas
no siembre la colina;

en unión venturosa,
del blando Amor delicia,
reguemos los jardines
hasta que venga el día.
No quede flor sin riego,

por alta o escondida:
la flor, que no se riega,
¡ay! morirá marchita.

Amor, deja tus flechas,
depón la venda hermosa,
y al cándido Himeneo
enciéndele la antorcha.
La frente de Mirtila

unidos ya coronan
de la constancia el lirio
y del pudor la rosa.
De su pensil las flores
lecho nupcial le forman:

por la que yo suspiro,
es linda sobre todas.
Ven, Himeneo, vuela:
que Apolo ya las ondas
del piélago de ocaso

con tibio rayo dora.
Y tú, mi dulce lira,
celebra armoniosa

del más ardiente afecto
la más feliz victoria;

y cuando nazca el alba,
las aves bulliciosas
imiten en sus nidos
tus cantos y mis glorias.

X

El sueño: traducción del francés.

En los jardines de Gnido
contigo el sueño me unió,
y un arrayán escondido
su amiga sombra nos dio.
¡Oh qué beldad! no tan pura

comienza el alba a reír.
Tú cediste a mi ternura:
yo iba en tu seno a morir.

Mas ¡ay! Cupido envidioso
velaba: yo desperté:

sólo en mi pecho amoroso
tu imagen querida hallé.
Con mi dulce sueño huiste,
y de aquel dichoso error
nada más me queda, ¡ay triste!

que tu hermosura y mi amor.

Ya sólo, amada delicia,
la vida esperó de ti:
que siéndome tú propicia,
¿qué puede Amor contra mí?

Haz que el hijo de Citeres
trueque, movido a piedad,
tantos soñados placeres
a un momento de verdad.

XI

Mi deseo.

¿Sabes, hermosa Emilia,
cuál es el bien que ansío,
y cuyo ardiente voto
los dioses me inspiraron?
No son, no, los tesoros

del Ganges celebrado,
ni el oro y las riquezas
del opulento Craso.
Ni de Marte en las lides
brillar funesto rayo,

ni que mi gente ciñan
laureles sanguinarios.
Tampoco los favores
del necio prócer amo,
ni junto al trono fiero,

mandar esclavizado.
Acaso te deslumbra
la gloria de los sabios.
No: lejos de mi vista
los triunfos literarios.

¿Yo de opinión ajena
viviera? ¿yo temblando
del ignorante vulgo
comprara el torpe aplauso?
Quizá en el blando vino

sepultas tus cuidados,
y sigues con Sileno
la enseña del gran Baco.
Es cierto, que algún día
bebí su partidario;

y no, no poca gloria
sus lides me alcanzaron.
Mas ya del traidor néctar

detesto el dulce engaño:
que sin razón no hay hombre,

ni gozo en el letargo.
Tú callas, bella Emilia;
mas tu silencio es vano,
que no una vez mis ojos
mi pecho te mostraron.

Artera, tú sonrías:
ya tu malicia alcanzo:
lo que mis ojos dicen,
repetirán mis labios.
Con tal que des en paga

un beso anticipado:
por él de mis deseos
sabrás el grande arcano;
y te diré, mi Emilia,
cuál es el bien que ansío,

y cuyo ardiente voto
los dioses me inspiraron.

XII

La entrevista.

Cuando el rigor, bien mío,
nos separó del hado,
tu rostro vi inundado
en lágrimas de amor.
¿Por qué, si más benigno

nos concedió un momento,
este fugaz contento
me amarga tu dolor?

Mas ¡ay! no alivia el verte
mi acerba desventura,

pues miro en tu hermosura
mi ya perdido bien.

Tormento son del alma
tus gracias celestiales:
a dar fin a mis males,

sañuda muerte, ven.

Porque, ¡ay de mí! ¿qué vale
gloria pasada a un triste?
Ya, Elisa, me perdiste:
ya Anfriso te perdió.

¿Qué vale en pena tanta,
amor correspondido,
que ni desdén ni olvido
un punto perturbó?

¿Qué vale la constancia,

el tierno llanto, el ruego,
el amoroso fuego
y el mísero gemir,
si inexorable el hado
juró nuestra ruina,

y su impiedad continua
nos obligó a sufrir?

¿Por qué miré esos ojos,
funestos como bellos?
¿Por qué de tus cabellos

prisiones me labré?

¿Por qué mi pecho, Elisa,
con tu desdén no heriste?

¿Por qué correspondiste
con dulce amor mi fe?

¡Oh furia! ¡yo apartado
del bien del alma mía!
Yo, que por ti vivía,
¡ay! moriré sin ti.
¿Lloras? Amor tirano,

si la crueldad te agrada,
tu flecha emponzoñada

dispara contra mí.

Mas deja libre a Elisa
de tu furor sañudo:

¿en qué ofenderte pudo
su cándida beldad?
¿en qué el pudor ingenuo?
¿en qué el ardor constante?
Es infeliz y amante,

e implora tu piedad.

Mas lloras... ¡ay Elisa!
llora. Tu amargo llanto
le pide al cielo santo
venganza contra Amor.

Verted pues, ojos míos,
las lágrimas de muerte,
verted, y de la suerte
cedamos al rigor.

Dulces ojos, deidades

que en mi infortunio adoro,
unamos nuestro lloro
y crecerá el sentir;
y de tan dura pena
contento el hado esquivo,

nos dará compasivo
la dicha de morir.

XIII

El primer amor: traducción del Metastasio.

¡Qué bien dijo, Amor, quien dijo
que tu primer llama era,
si una vez prendió en el pecho,
entre cenizas centella,
y oculta esperando que el aura la mueva,

al más leve soplo levanta una hoguera!()

Dígalo yo, que si miro
tal vez mi enemiga bella,
de su perfidia me olvido,
contemplando su belleza:

de nuevo amoroso suspiro por ella,
y es Nise de nuevo mi gloria y mi pena.

Ni tan sólo es alimento
del fatal delirio el verla;
que en todas partes encuentro

de mi perdición la senda:
el monte y el río, el prado y la selva
heridas mal sanas de amor me renuevan.

Allí me rindió: este prado
la vio premiar mi terneza:

junto a aquel bosque la ingrata
se burló de mis querellas;
y fieles testigos de paces y guerras,
las fuentes y troncos su historia conservan.

Digo amores a las ninfas

por divertirme con ellas;
mas si en Clori o Silvia admiro
el donaire y gentileza,
y en cantar sus gracias mi lira se emplea,
el alma suspira: mi Nise es más bella.

Del amor, dulce bien mío,
por ti conocí la fuerza:
por ti sola vivir quiero,
o morir, si tú lo ordenas;
y al pecho afligido dé alivio en sus penas,

que tú de mi suerte el árbitro seas.

XIV

El premio.

Estos son los preciosos momentos
que concede la suerte a un amante:
ya cansada la diosa inconstante
terminó mi infeliz suspirar;
y al rigor, los desdenes, los celos,

que afligieron mi pecho amoroso,
ya sucede el placer delicioso,
dulce premio a mi triste penar.

Bellos prados de grata verdura,
que regó tantas veces mi llanto,

hoy veréis cómo viene mi encanto,
y os florece su amable reír:
y tan tierna, benigna y graciosa,
como esquivaba otro tiempo y tirana,
volverá cariñosa y ufana

gozo y gloria mi eterno gemir.

Lindas flores, que al céfiro blando
prodigáis los nativos olores,
la fragancia de puros amores,
cuando venga mi dueño, esparcid;

vientecillos, venid de la selva,
do cultiva sus mirtos Cupido,
y asaltando ligeros su oído,
las lecciones de amor repetid.

Clara fuente, que riegas el prado

dividida en perenes raudales,
¡cuántas veces tus puros cristales
de mis ojos el llanto enturbió!
Cuando venga a mirarse en tus ondas,
y retrates su gracia y lindeza,

di también: «por amar tu belleza
un amante mi curso aumentó.»

Mas ¡ay cielo! que viene mi Elisa,
dando envidia a la cándida aurora.
¡Cuántas gracias su rostro atesora!

¡cuántos rayos esparce de amor!
Fuentes, flores, arroyos y vientos,
regalad cariñosos mi amada:
cantad, aves, mi prenda adorada,
mientras premia de Anfriso el ardor.

XV

La libertad.

Feliz el alma que huye
de tus cadenas, Amor,
y para siempre deja
tu lóbrega prisión.

Ni grillos, ni argolla siento;

libre nací, libre soy;
y libre gozo, oh día,
tu plácido esplendor.

Ni aun la señal de los hierros
en pie o en mano quedó:

mi frente no del sello
conserva ya el borrón.

Tan osado el desengaño
la fatal cárcel rompió,
que vio Amor mi fuga,

y no lanzó su arpón.

Ya de mi antiguo tirano
me burlo tan sin temor,
que a sus agudas flechas
expongo el corazón.

De la amistad su enemiga
la enseña siguiendo voy;
y a mi placer blasfemo
de aquel mentido dios.

No hay beldad, por más que ostente

en rostro y cuello el albor,
la aurora en la sonrisa
y en el cabello el sol;

que merezca otro cuidado
a mi libre desamor,

que el de cantar sus gracias
tranquilo y sin pasión.

Ni temo crudos desdenes,
ni ardo en celoso furor,
ni su funesta venda

me pone la ilusión.

Amo sólo por mi gusto:
olvido cuando hay razón;
y a la amistad le pido
las dichas del amor.

Y tú, inconstante hermosura,
cuya mudanza acabó
con sólo un desengaño
mi gloria y mi dolor;

no temas, no, que te ultraje

injusta y libre mi voz,
o que tu nombre manche
con áspero baldón.

Insulte un débil amante
la belleza que adoró;

y exhale en duras quejas

el no extinguido ardor.

Nadie tus divinas gracias
celebrará mas que yo:
las dichas, que te debe,

mi pecho no olvidó;

y si mi penar fue largo,
y el placer sombra veloz,
culpa es de Amor y mía,
no es culpa tuya, no.

Tú estas inocente, Emilia
ese vendado traidor
fue quien, ardiendo el mío,
tu fuego consumió.

O más bien, yo fui tan loco,

que me persuadí, ¡oh error!
que en pecho de una bella
durara la pasión.

Cuantas penas tu inconstancia
no esperada me causó,

de aquel delirio insano
la medicina son.

Cualquier hermosa la diera;
las de tu mano es mejor:
que al fin, más blanda hiere

la que rendida amó.

De aquel amor tierno, de esta
saludable curación,
Emilia hermosa, quedo
dos veces tu deudor.

Filis, separada de su amante.

Invierno erizado,
que enlutas el cielo,
y cubres de hielo
las almas y el prado;

por ti los raudales

su curso entorpecen,
por ti languidecen
los tiernos frutales.

Le robas sus flores
al margen del río,

y al bosque sombrío
sus nidos y amores:

su grata verdura
al valle aterido,
su pasto al ejido,

y a mí mi ventura.

Perdí a tu venida
mi amante, mi amado,
mi tierno cuidado,
mi gloria y mi vida.

Imploro doliente
al hado y al cielo;
mas no dan consuelo
a penas de ausente.

La misma esperanza

mis males aumenta;
que amor siglos cuenta
en breve tardanza:

y allá, cuando dieres,
gentil primavera,

fulgor a la esfera
y al mundo placeres,

verá el alma mía
al dueño que adora:
¡cuán lenta es la aurora

de aquel feliz día!

El soplo suave,
del céfiro blando,
la selva brotando,
los cantos del ave;

pradera halagüeña
de amor y recreo
mi ardiente deseo
las finge o las sueña.

Si tal vez depone

el monte su nieve,
y a abrirse se atreve
la flor de Dione,

aquel breve rayo
engaña el sentido,

y a enero le pido
las flores de mayo.

Mas viene a deshora
el noto irritado,
y roba al collado

la luz, que lo dora.

Al prado se lanza,
la rosa fallece:
con ella fenece
mi breve esperanza.

Perdida alegría

de un alma doliente,
si el hado inclemente
de ti me desvía,

borrar tu memoria

del pecho no puede:
que amor nunca cede,
y amarte es mi gloria

Ni temas que huya
tu dulce cadena:

que alivio mi pena,
pensando en la tuya;

y a pechos leales,
Amor, les previenes,
que esperen los bienes,

si sufren los males.

Su ley, dulce amado,
constantes guardemos,
y así triunfaremos
del tiempo y del hado.

XVII

El ponche.

Nota()

Al dios celebremos,
que alegre y festivo
difunde en las almas
su dulce furor;
y dando benigno

delicia sin pena,
la flecha sañuda
despunta de Amor.

Al dios celebremos,
que al Betis florido

trajeron las naves
del fiero Albión:
que tal vez el suelo,
fecundo de males,
produce a los hombres,

benéfico don.

De palma remota
corona su frente:
su rostro iracundo
enseña a reír.

El vaso espumante,
henchido en la mano,
su voz poderosa
debemos oír.

No temas, mi Filis,

su fuego nativo:
que templó su fuego
el blando azahar.
Gocemos del día
brillante y sereno:

que es necio el que espera
pudiendo gozar.

XVIII

La simpatía.

Rayo de amor, celeste simpatía,
fuego inmortal, que abrasa sin dolor;
llama feliz, que al de su amante envía
un corazón con dividido ardor;
tu lumbre fue la favorable estrella,

que me guió a los pies de Filis bella.

Tú, blanda paz del mundo y de los seres,
ligas al sol el astro matinal:
por ti el león suspira los placeres,
y unen por ti dos fuentes su raudal:

por ti, al mirar de Filis la hermosura,
del tierno Amor probé la llama pura.

En tierra, mar y viento tú dominas
al bruto, al pez, al pájaro fugaz:
la linda flor hacia la flor inclinas,

y al duro imán el hierro montaraz:
tu lazo fue, divina simpatía,
el que me unió con la adorada mía.

XIX

El cumpleaños de Emilia.

Es hoy el fausto día,
que a tus floridos años
un nuevo giro añade
el padre de los astros.
Y aunque de mustia escarcha

yace cubierto el campo,
y a la prisión de hielo
el manso arroyo atado;
alegra monte y valle
no sé qué nuevo encanto,

y dulce primavera
halaga los collados.
La flor, que de la nieve
temía los estragos,
al viento y luz descubre

el cáliz esmaltado.
Calla el furioso soplo
del aquilón insano,

y va por los oteros
el céfiro jugando.

No ya la aurora nieva
entre celajes pardos:
que vierte en los pensiles
el alelí del mayo.
Las aves, que perdieron

nidos y sombras, cuando
el rígido diciembre
taló su pompa al árbol;
ya bulliciosas vuelven,
y animan selva y prado,

y cantan sus amores,
y oye el Amor sus cantos.
Menos adusta alza
su faz el monte cano,
y nítida esmeralda

matiza su costado.
Todo es placer: el cielo
sereno brilla y claro,
y brota en las praderas
abril anticipado.

Sí, hermosa Emilia: hoy vuelve,
el Betis alegrando,
la luz, en que naciste
a ser de Amor milagro.
Venid, pastores: sea

júbilo y danza el prado
y nuestra dulce amiga
gozosos aplaudamos.
Desprecia ya, Sileno,
de Amor el fiero dardo;

que si en la cera encarna,
se embotará en el mármol.
Baña de alegre risa
los juveniles labios,
aunque tu risa ofenda

al flechador tirano.

Y tú, de las pastoras,
Aristo fiel, cuidado,
tu blanda lira pulsa
que vence suspirando.

El son de la ternura
al aire dé su encanto,
e del Amor triunfante
el plácido desmayo.
Así en tu edad florida

trocabas sollozando
de tu inconstante Iberia
las quejas en halagos.
Óyelos tú gozosa,
divina Emilia, en tanto

que digna voz a Apolo
pide tu Anfriso amado.
Y si mis versos pueden
en Helicón grabados,
al golfo del olvido

sobrenadar ufanos;
irá de gente en gente
tu nombre idolatrado,
ni tu amable memoria
marchitarán los años.

Mas vivirá halagüeña,
mientras el sol de ocaso
derrame sobre el Betis
sus moribundos rayos.
Vive feliz, delicia

de tus amigos caros,
y sus sencillas flores
recibe con agrado,
mas si el Amor se oculta
artero en algún ramo,

con sólo que lo aceptes,
ya queda bien premiado.

XX

La querella inútil.

Si ardientes suspiros,
si lágrimas tiernas
vencer no pudieren
tu cruda fiereza;
del pecho brotaron,

al pecho se vuelvan.

Un tiempo mi afecto
premiaste risueña:
trocó tu mudanza
mis glorias en quejas:

mas ¡ay! pues son vanas,
al pecho se vuelvan.

Mas fácil lanzada
se para la piedra,
que escuche los ruegos

mudable belleza:
inútiles ruegos
al pecho se vuelvan.

Los necios rivales
tu olvido celebran,

y escuchan riendo
mis tristes querellas:
del pecho salieron;
al pecho se vuelvan.

XXI

La mudanza.

Lamento, infiel, lamento,
aun más que tu mudanza

el ver sin esperanza
y eterna mi pasión:
que cuando tu perfidia

herido y triste llora,
perdido bien te adora
el tierno corazón.

Y cual la vid podada
con mas vigor recrece,

y herido retoñece
el alto ciclamor;
así cuando en tu pecho
las iras son mayores,
levanta más ardores

mi inextinguible amor.

¡Ay! ¿quién, tormento mío,
así pudo trocarte?
¿es delito el amarte,
o lo es amarte yo?

Mas tú de mi delito,
cruel, la culpa tienes.
¿Por qué brota desdeñes
un pecho, que ya amó?

¿Quién convirtió en desvíos

aquellos dulces lazos?
¿quién me cerró los brazos,
en que feliz viví?
¿Por qué murió en tu boca
el beso regalado?

¿por qué tu labio helado
ya es mudo para mí?

Perdí el mirar suave,
perdí el suspiro ardiente,
y en mi gemir doliente

te gozas desleal.
¿Por qué la muerte impía

no acaba mis dolores,
y sacia sus furores
la causa de mi mal?

Mas tú, mi dulce Emilia,
entonces ¡ay! piadosa
sobre mi helada losa
llorarás tu rigor;
y tarde arrepentida

del duro ceño impío,
dijeras: «él fue mío
con verdadero amor.»

Hora, que aun vivo y puedo
gozar de tus piedades,

depón fieras crueldades
y al tierno pecho ven.
Consuele en él tu halago
cuanto tu ceño ha herido;
y vuelve, amor perdido,

a ser su dulce bien.

XXII

Al amor.

Amor, ¿quién entiende tus fieros engaños,
tus paces, tus guerras, tu falsa dulzura,
el plácido halago, la acerba amargura,
que tejen la vida del triste amador?
El sol mas luciente le nace riendo,

y logra dichoso tus blandos favores;
mas súbito un áspid le muerde entre flores,
y abrasa sus venas celoso furor.

Amante de Emilia probé su desvío:
su ingrata belleza dejaba indignado:

vencerla no pude lloroso y postrado,
y solo un enojo domó su desden.
Gocé sus favores, gemí sus mudanzas,
rompí mi cadena, volví a sus caricias,
lloré mil pesares, canté mil delicias,

y fue de mis años la pena y el bien.

La ausencia y los celos con furia doblada
mi pecho afligieron sensible y amante:
mis tristes querellas burló la inconstante,
gozándose en verme rendido al dolor.

Busqué en la mudanza remedio a mis males,
y el mismo remedio mis males aumenta;
y siempre asaltado de nueva tormenta,
el piélago airado surqué del amor.

Y cuando en el templo del fiel desengaño

la tabla he fijado del náufrago leño,
la ingrata me halaga, y al áspero ceño
sucede la risa del dulce querer.
Amor, te conozco: la ingrata hermosura
reparte contigo los crudos arpones:

que sólo os agrada prender corazones,
y si huyen la pena, brindáis el placer.

XXIII

La amistad.

Filis, tu amistad hiciera
mi tierno pecho feliz,
si al fuego suave, que sientes e inspiras,
Amor no mezclara su llama sutil.

¡Cuán gallardo crece el lirio,

gala del templado abril,
si el soplo del euro conmueve sus hojas,
y riega la fuente su verde raíz!

Mas si ardiente el sol de junio
sobre él comienza a blandir

el férvido rayo, que abrasa los campos,
y trueca en incendios el claro cenit;

lánguido y mustio fallece,
e inclinada la cerviz,
el vástago seco, marchitas las hojas,

de tristes ruinas alfombra el pensil.

Amor, tiránico dueño,
que ha condenado a gemir
la dicha, que logro, gozando todo tu afecto:
que tú amas tranquila, y yo ardo por ti.

Si miro tus bellos ojos
a los míos sonreír,
y el beso apacible de amiga me ofreces,
yo loco el de amante quisiera imprimir.

Tus miradas, tus caricias,

tus juegos, toda tú en fin
la imagen me ofreces del puro cariño;
y yo suspirando lo gozo infeliz.

Cese ya el engaño: o ama
como yo, o huye de mí:

que humanas venturas las mide el deseo
y gozo no entero no es gozo, es morir.

XXIV

El escarmiento.

Amor, ya libre respiro
de tu piélagos espantoso;
ya en el seguro reposo

de las orillas me miro.
Si aún suspiro,

no es de amante, es de cansado:
que quien en el trance airado
con vida escapó de Marte,
aun sueña que sigue el fiero estandarte,
y tiembla el peligro después de pasado.

La hermosura encantadora
que aprisionó mi albedrío,
de mi ciego desvarío
se burla ingrata y traidora.
Fue señora

de mi amor, y aún lo sería
si tan necia como impía
creyendo eterno su imperio,
no hubiese rompido del vil cautiverio,
los vínculos fuertes su indigna falsía.

¡Dichosos los desconsuelos,
que tu rigor me ha costado!
¡dichoso el llanto, el cuidado,
la agitación, los desvelos,
y aun los celos!

Que en tu mudanza o desdén
hoy recibo el parabién
de cuantas penas mi vida
por ti atormentaron: que así, fementida,
a fuerza de males labraste mi bien.

Y tú, flechero vendado,
que un tierno pecho engañaste,
a dios para siempre: baste
los años que me has robado.
Su sagrado

la amistad me brinda abierto:
ya ocupo tranquilo el puerto:
Filis y Euterpe me ofrecen
los sacros laureles, que siempre florecen,

y el puro cariño, que nunca es incierto.

XXV

Al mismo asunto.

Injusto es tu enojo, querido bien mío:
si yo desconfío del Niño vendado,
también he probado su falsa esperanza,
su triste mudanza.

Yo náufrago he visto la mar alterada,
la nave azotada tocar las estrellas,
y raudas centellas el piélagos horrenda
y el aire encendiendo.

Yo vi peregrino, la senda perdida
en fiera avenida crecido el torrente

cubrir dique y puente, y el campo inundado
de yerto ganado.

De violas y rosas el prado florido
gocé divertido; cogí las más bellas
y un áspid entre ellas vertió por mi seno

su ardiente veneno.

No extrañes, que turbe el fiel escarmiento
la gloria que siento, tu rostro adorando:
que es necio el que amando, del dios que lo enciende,
las artes no entiende.

XXVI

El deseo.

Ya de fulgentes flores se adorna primavera,
el céfiro apacible discurre por el prado:
verdura deleitosa el plácido collado
y mirto florecido corona la ribera.
La edad de los amores

ya vuelve: el dios vendado su cierto arpón envía:
ya abrasa en vivo fuego zagalas y pastores:
ya vuelo a tus rediles, amada Filis mía.

No aljofarada yerba del recental() querida,
ni tanto al seco arbusto la lluvia es deliciosa,

ni de cobarde gamo la loba deseosa,
ni de repuesta fuente la cierva malherida,
cual yo de tu semblante
busco la luz hermosa, que afrenta la del día:
si el aterido invierno me vio gemir constante,

ya vuelo a tus rediles, ya vuelo, Filis mía.

Llevaba mis suspiros el aquilón silboso
del Nervión nublado al Ebro floreciente:
de su feliz ribera y de mi amada ausente,
mil veces acusaba al mayo perezoso.

Cuando el agudo hielo
la tierra marchitaba, el aire entorpecía;
y de agrupada nieve cubrió su faz el cielo,
por ti, mi dulce Filis, el corazón ardía.

Ya traspongo ligero los cántabros collados:

del alavés() tranquilo discurro las montañas:
diviso allá a lo lejos las plácidas campañas
y de abundantes mieses los ríos coronados.
Desciendo al Ebro hermoso;
y busco en su ribera mi gloria y mi alegría.

Allí están sus rediles: Amor, ya soy dichoso,
que ya vuela a mis brazos la amada Filis mía.

La esperanza amorosa.

No hay diosa, que iguale
mi dulce adorada;
ni aurora rosada,
ni sol cuando sale.
Dale, Venus, dale

la poma de oro,
que es Fili el tesoro
más lindo de Amor:
Filis bella es la gloria del Ebro,
y de la hermosura la gala y la flor.

El alma arrebatada
su blando desvío:
hirió el pecho mío
severa, no ingrata.
Si tal vez maltrata

osados desvelos,
con dulces ojuelos
mitiga el dolor:
Filis bella es la gloria del Ebro,
y de la hermosura la gala y la flor.

Si el mirto y la rosa
los huertos florece,
guirnalda le ofrece
mi mano amorosa:
su frente graciosa

con ellas ciñendo,
mi amada riendo
aumenta mi ardor:
robo un beso a sus labios divinos,
y no se me enoja del Ebro la flor.

Mi afecto constante
su nieve ya inflama,
y dulce me llama
su amado y su amante.

Y cuando brillante

robare el estío
las ondas al río
y al prado el color,
será mía la gloria del Ebro,
de la hermosura la gala y la flor.

XXVIII

El beso.

Cual suele venciendo su margen riscoso
lanzarse a las tierras
soberbio el torrente, e inunda primero
la humilde pradera;

y luego crecido con lluvia incesante

no admite riberas,
y chozas y establos, ganados y puentes
las ondas se llevan:

del súbito estrago el rústico huyendo
se acoge a la sierra,

y allí guarecido los turbios raudales
seguro contempla:

así los furores del Niño vendado,
que Jove respeta,
al ver que domina con pérfido cetro

entrambas esferas;

burlé asegurado, buscando en tu pecho,
¡ay Filis! centellas
del fuego inocente, que enciende las almas
con llama halagüeña.

Amiga constante, premiando mi afecto

gozosa y risueña,
en plácidos juegos, en puras caricias
y en pláticas tiernas
las horas sabrosas fugaces volaban,

la vida con ellas,
de Amor ignorando la risa dañosa;
la ardiente saeta.

Mas ¡ay! que en el pecho sintiendo a deshora
cual sierpe encubierta,

la herida funesta probé de su aljaba,
que mata y recrea().

Al bosque apacible de altivos laureles,
¡ay Filis! ¿te acuerdas?
huyendo de Febo llevonos un día

la férvida siesta.

Allí recostados al margen florido
de fuente encubierta,
que en mansos raudales los mirtos y rosas
halaga parlera;

de tórtola amante hirió nuestro oído
la ardiente querella,
y en trinos suaves su fuego amoroso
lanzó Filomena.

No sé qué torrente de llama sabrosa

corrió por mis venas,
y en dulce esperanza de nuevos placeres
mi pecho enajena.

Ansioso te pido el beso de amiga;
y tú blanda y tierna

mi ardiente mejilla con boca inocente
buscabas contenta.

¿Por qué ya sedientos de gozos acerbos,
te di en vez de ella

mis labios, que osaron sellar por su daño

la rosa entreabierta?

¿Por qué, respirando su aroma divino,
gusté de entre perlas
la miel destilada, que fiera ponzoña
ya el alma me quema?

Después de aquel día, mi pecho encendido
sosiego no encuentra,
ni el campo me grada, ni busco del Betis
las plácidas vegas.

Dejé los amigos: los libros me enfadan,

y, Filis, tú misma
con blandos afectos, con puras caricias
mi pecho atormentas.

Y al mal que padezco, querido bien mío,
remedio no queda,

si no haces, que al beso que fue mi ruina,
mil besos sucedan:

al nombre de amigo, delirios amantes;
y al prado y la selva,
el tálamo blando, la antorcha fecunda,

que amores sosiega.